

Editorial N°16. Septiembre 2006

Todos realizamos cotidianamente un sinnúmero de juicios de índole moral.

Evaluamos sobre lo justo o injusto de las cosas, lo bueno o malo de ellas, lo prudente o imprudente, lo razonable o irrazonable, por mencionar algunas de las formulaciones en que se manifiestan dichos juicios.

Si bien confiamos y nos guiamos por ellos, éstos confrontan con los juicios ajenos, generándose dos posibles consecuencias.

Una, que ante la discrepancia dudamos de estar detentando la verdad, y la otra, que carecemos de elementos que nos permitan fundamentar válidamente el criterio que nos impulsa al debate.

Tanto una como otra circunstancia, conlleva un estado de incertidumbre moral que nos torna dubitativos y ambivalentes. Muchas veces nos dejamos influir, y cambiamos de parecer. Son muchas las razones que conducen a la relatividad del juicio propio: la edad, el humor, la situación, la calidad de los sujetos involucrados, los sentimientos, etc.

Si pudiéramos conservar vivo en la memoria el recuerdo de cada comportamiento, podríamos ver qué tan ambiguo y relativo es nuestro criterio moral.

En ética, el modo mejor de evitar caer en esa situación, es apartándonos de toda posición subjetiva, ello a través del proceso de universalización del juicio, de modo que se convierta en un juicio puro.

Lograrlo importa cumplir con tres condiciones, a saber:

Primero: No considerar que la diferencia numérica sea el indicativo hacia donde debe orientarse o inclinarse el juicio. El género o la mayoría no puede operar como un justificativo, menos aún ser usado como medio de validación.

El juicio moral debe carecer de nombre propio o de grupos o segmentos societarios. Si se trata de individuos, esa sola calidad debe servir a su apuntalamiento.

El juicio debe deshacerse de toda variable posible y así, al tratar lo individual, quedar éste sometido al principio general, contando con un modo comparativo de índole inamovible.

Es el modo seguro de evitar todo obrar egoísta o privilegiado.

Segundo: Uno debe ponerse en el lugar del otro.

Ello, no renunciando a los gustos, preferencias, ideales y valores, sino considerándolos pero no sólo en uno sino también en los otros.

Esto sin duda, alejará de nosotros todo sesgo de injusticia.

Tercero: Debemos considerar los diferentes gustos e ideales opuestos.

Esto habla de la inclusión de lo semejante y de lo disímil, ser abarcativo de lo hostil y de lo contrapuesto.

Como es previsible, la tarea no se presenta en nada cómoda o de fácil ejecución.

Con los primeros intentos, uno bien podrá darse cuenta de las enormes resistencias internas, de cuán comprometida se encuentra nuestra vida con los viejos juicios que sin duda, serán ya prejuicios.

Pero nadie nos toma el tiempo del cambio, ni menos aún, examen. Uno tiene la vida entera para lograrlo, ello siempre y cuando, no caigamos en el error de enjuiciarnos a nosotros mismos y consecuentemente vivamos recriminándonos.

Todos aquellos que han decidido emprender la tarea, refieren que el proceso requiere de infinita paciencia y perseverancia, pero fundamentalmente de infinita bondad para con otros y principalmente para con uno mismo.

Sabedores de la buena fe con que emprendemos el trabajo, debemos estar dispuestos a perdonarnos una y mil veces y más si es necesario.

La moral social puede ser no tan severa como la individual y, al apuntar a esta última, nos reivindicamos como seres en la racionalidad y espiritualidad que nos totaliza y a partir de ella, nos hacemos útiles al otro y a la humanidad entera, porque la moral objetiva, nos convierte no en jueces sino en una fuente de perdón.

Edgardo Martinez